Los nombres de la isla que se movía

Relato original · Shyvirelle

Cuando el mapa borró la casa de la señora Leda, Tania llevaba en la mochila una caja con dos filtros para su cocina de agua. El sistema de reparto insistía en que la dirección no existía. La mujer, sin embargo, seguía viviendo donde siempre: al otro lado de una pasarela azul, detrás del depósito de redes.

Tania levantó la vista. La pasarela estaba allí. La puerta también. Había cambiado de posición con la plataforma desde la última tormenta, pero sus bisagras y su número pintado no habían desaparecido.

—Para el mapa estoy muerta —dijo Leda al recibir los filtros—. Ayer me cancelaron la visita de mantenimiento. Si lo digo en persona, me piden que rellene una solicitud con una dirección válida.

La ciudad flotante de Orilla nunca había sido una isla firme. Estaba formada por módulos unidos con brazos articulados y grandes cámaras de flotación. Cuando llegaban las tormentas, las secciones exteriores giraban para repartir el empuje de las olas, y el conjunto derivaba unas millas antes de recuperar una posición segura. En las casas, los platos se deslizaban sobre la mesa; en los mapas digitales, las calles fingían que nada se había movido.

Eso era lo nuevo: el mapa había dejado de fingir. Comenzaba a eliminar a quienes no coincidían con sus coordenadas.

Un punto que ya no estaba allí

El reparto se había vuelto una sucesión de devoluciones. El terminal de Tania mostraba «DIRECCIÓN INVALIDADA» junto a nombres que conocía desde niña. El sistema tomaba cada vivienda como una pareja de números, latitud y longitud. Si el módulo se desplazaba más de la tolerancia prevista, la casa debía confirmar su ubicación en tres días. Pero una confirmación exigía recibir un mensaje en la propia dirección. Nadie podía superar esa contradicción desde una calle que ya no figuraba.

Tania anotaba las entregas en un cuaderno. Lo hacía desde antes de que comenzaran los problemas, porque el sistema perdía señal bajo las cubiertas metálicas. Su mapa no tenía coordenadas absolutas. Decía cosas como «después del puente verde, segundo pasillo a mano del mar»; cuando cambiaba el orden de los módulos, corregía las indicaciones a lápiz.

Esa mañana recibió un paquete que no estaba destinado a una persona. Llevaba impreso un lugar de origen: SECTOR VACÍO 8, una de las zonas marcadas en gris. El paquete contenía tres juntas de presión nuevas y una nota escrita a mano: «Entrega antes del tercer giro. Seguimos aquí».

La dirección de respuesta no figuraba. El sistema sugería destruir el envío como material sin receptor.

Tania no lo hizo. Cruzó hasta el centro de navegación, una oficina iluminada por un cuadro enorme de Orilla perfectamente recta. Allí conocía a Darío, el programador que revisaba los registros de posición desde el último temporal.

—Hay gente en los sectores que has puesto en gris —le dijo, mostrando la nota.

Darío examinó el código y giró la pantalla hacia ella. El sector 8 aparecía como un triángulo vacío, lejos del contorno actual de la ciudad.

—No lo marqué yo. Lo hizo la rutina de conciliación. La antigua ubicación se quedó sin viviendas registradas y el mapa la cerró.

—¿Y la nueva ubicación?

—El sistema no sabe si son esas mismas viviendas u otras construcciones. No puedo asignarlas por intuición.

Tania puso el cuaderno sobre la mesa.

—Aquí tengo nombres, puertas, conexiones entre pasarelas. Puedo caminar hasta cada una.

Darío pasó las páginas sin entusiasmo. Todo era relativo: una puerta quedaba junto a otra, un pasadizo conducía a la siguiente compuerta. No había un solo punto estable al cual regresar.

—Eso sirve para una repartidora —dijo—. No para garantizar que una ambulancia o un equipo técnico llegue al módulo correcto durante un cambio de configuración.

—Entonces hagamos que sirva para ambos.

La zona deshabitada

Un aviso rojo interrumpió la discusión: se esperaba viento fuerte durante la tarde. La ciudad adoptaría su configuración de resguardo, con el anillo norte girado hacia dentro y varias plataformas menores fuera del perímetro de servicio. La orden de navegación clasificaba el sector 8 como masa no habitada. Estaba previsto soltar su puente de conexión para facilitar el giro.

Tania encontró la ubicación usando la nota, no el mapa. «Antes del tercer giro» era la expresión que los mecánicos daban a tres grandes articulaciones bajo las pasarelas. Siguió el borde interior del anillo, contó las uniones numeradas en la propia estructura y llegó a una escotilla amarilla que el terminal mostraba en mitad del agua.

La puerta se abrió hacia dentro. Un corredor bajo olía a aceite, sal y tela húmeda. Había cuerdas tendidas, una cocina pequeña, una caja de herramientas y tres camas sujetas al suelo. No era una zona sin gente. Era un módulo donde alguien había vivido durante años, al que el mapa le había quitado la palabra «hogar».

Un hombre de manos manchadas le aceptó las juntas de presión. Explicó que el módulo S-8 alojaba el contrapeso hidráulico que estabilizaba el movimiento del anillo durante las tormentas. Sus ocupantes mantenían las válvulas y dormían cerca porque los indicadores fallaban a veces con la humedad. Cada maniobra exigía revisar juntas, niveles y bloqueos de forma manual. Por eso habían pedido piezas.

—Si sueltan nuestro puente, nos quedamos sin la línea de energía de reserva —dijo—. La plataforma no se hundirá de golpe, pero el anillo perderá su corrección de balanceo. En la cuarta ola grande las uniones tendrán que soportar una fuerza que no han previsto.

Tania miró las paredes. Había marcas de altura del agua de temporales anteriores. Cada una llevaba un año, una inicial, una corrección a lápiz. Más pruebas de vida que cualquier punto del mapa.

—¿No habéis avisado a navegación?

—Desde que nuestra dirección dejó de existir, los partes se archivan sin destino. Hemos mandado tres técnicos en persona. Les dicen que el sector 8 está vacío y que el módulo de estabilización figura bajo un nombre antiguo.

Tania fotografió la placa mecánica: S-8 / CONTRAPESO / ARTICULACIÓN NORTE. La pintura había resistido mejor que el registro electrónico.

Regresó por la misma ruta, contando las uniones en sentido inverso. El primer cambio de posición ya había comenzado; una pasarela que antes miraba al puerto estaba girando hacia las viviendas del centro. Tania comprendió el problema de su cuaderno: las referencias humanas también fallaban cuando un puente dejaba de comunicar los mismos lugares.

Lo que permanecía era el nombre grabado en cada módulo y el número de cada articulación. La ruta podía cambiar, pero cada tramo informaba con quién estaba conectado en ese momento.

Direcciones que se comprueban caminando

Darío recibió la fotografía de la placa y los registros del contrapeso sin discutir. Detuvo el procedimiento automático de desconexión y llamó a la responsable de maniobra. Ella exigió una verificación física de los operadores de S-8 antes de modificar una orden de tormenta. No bastaba con una imagen.

Mientras esperaban al equipo técnico, Tania y Darío construyeron una dirección distinta en la pizarra. No era «casa de Leda, latitud tal, longitud cual», sino «módulo L-14, puerta 3», acompañada de la secuencia de conexiones activas desde un punto de acceso. La identidad de una casa quedaba anclada a la placa de su módulo. La ruta para encontrarla se calculaba aparte y debía verificarse de nuevo cada vez que las pasarelas giraban.

Tania propuso dos comprobaciones: la persona de destino confirmaría el número de su puerta y el mensajero anotaría el número del módulo anterior antes de cruzar la última unión. Así, una conexión desactualizada no se convertiría en una llegada equivocada.

Darío añadió un requisito que a ella no se le había ocurrido: si una ruta quedaba interrumpida, el mapa debía mostrar «sin acceso por ahora», no «deshabitado». Una puerta sin camino no era una puerta inexistente.

La responsable de maniobra llamó desde el anillo norte. Había verificado la placa S-8, a dos ocupantes y las juntas recién instaladas. La desconexión se canceló; los técnicos pasarían la tarde junto al contrapeso para hacer la maniobra con el enlace de reserva operativo. El viento seguía llegando. La ciudad no se salvaría con un botón nuevo, sino con un trabajo físico que había estado a punto de quedar fuera del plan.

El prototipo de Darío funcionó en su mesa con tres módulos de prueba. Después falló cuando una articulación cambió de orientación y el terminal conservó una ruta antigua. Corrigieron el error: cada unión debía informar qué módulos conectaba y durante cuánto tiempo era válida esa lectura. Aun así, ninguno aseguró que el sistema estuviera listo para todos los servicios.

—¿Cuánto falta para que la gente vuelva a tener dirección? —preguntó Tania.

—Para todos, no lo sé —respondió Darío—. Para demostrar que se puede, necesitamos testigos.

La prueba del mapa

Al día siguiente, cuando el temporal había disminuido y las uniones exteriores dejaban de crujir, instalaron dos pantallas en la plaza central. En una apareció el viejo plano de Orilla con calles inmóviles y sectores grises. En la otra, una red de módulos enlazados por líneas que cambiaban de lugar sin borrar sus nombres.

No pidieron al público que creyera en un dibujo. Diez vecinos eligieron destinos de forma pública: dos viviendas que el mapa había eliminado, un taller, una cocina comunitaria, una escuela y varios accesos a instalaciones. Tania caminó cinco rutas con un cuaderno sellado; Darío envió por otra ruta a un equipo que no había visto sus anotaciones. Al llegar, cada grupo mostró la placa del módulo y obtuvo la confirmación de la puerta. Dos trayectos quedaron interrumpidos por una pasarela cerrada y así aparecieron en la pantalla, sin fingir que estaban libres.

La señora Leda estaba entre los testigos. Cuando vio aparecer L-14 / PUERTA 3, dijo que no necesitaba un mapa perfecto. Necesitaba que el servicio de agua supiera dónde encontrarla mañana.

La prueba no convirtió el prototipo en un registro universal. Hubo que suspender nuevas bajas automáticas, recuperar direcciones con recorridos supervisados y mantener equipos humanos para los sectores todavía incompletos. Algunas entregas siguieron demorándose. Pero nadie pudo volver a defender, frente a las dos pantallas y a los testigos, que S-8 era un sitio vacío.

Varias semanas después, Tania hizo su reparto desde el extremo norte hasta el mercado. Su terminal mostraba las casas por nombre de módulo; al lado, un pequeño aviso advertía que la ruta podía cambiar. Cuando el anillo exterior empezó a girar para acomodarse a una marejada, las líneas se movieron en la pantalla y los puntos de destino permanecieron.

Tania guardó el cuaderno, ya menos necesario, y vio cómo las pasarelas modificaban su dibujo sobre el agua. Orilla había conservado sus hogares. Lo que había perdido era la cómoda mentira de ser un lugar que nunca se movía.